

Los pueblos indígenas y la ciudad de México. Una aproximación

Claudio Albertani *

Este texto ofrece un intento de sistematización de los datos disponibles acerca de la población indígena migrante y originaria de la ciudad de México. Se propone la categoría de comunidad deterritorializada para entender la compleja realidad de los indígenas metropolitanos y se plantea una visión crítica de las estadísticas oficiales, así como un diagnóstico de los principales problemas: vivienda, discriminación, procuración de justicia, trabajo. Se señala asimismo la difícil situación de los más desprotegidos entre los desprotegidos: niños y mujeres.

*¡Qué haya ahora amigos aquí!
Es tiempo de conocer nuestros rostros.
Tan sólo con flores
se elevará nuestro canto.
Iremos dejando nuestra pena
Canto náhuatl*

Introducción

Según las cifras oficiales existen en México unos 56 grupos étnicos con una población cercana a los nueve millones de personas. Para llegar a esta cantidad, los

* Centro de Atención al Indígena Migrante

censos de población se fundamentan en el criterio lingüístico: la población de cinco años y más que habla un idioma indígena.

Algunos investigadores consideran insuficiente tal procedimiento para evaluar la compleja dinámica de la etnicidad, ya que deja de lado a la población que, a pesar de compartir valores, normas y prácticas comunitarias, ha perdido el uso de la lengua vernácula y se expresa únicamente en español. A esto habría que añadir la valoración social negativa del mundo indígena, lo cual para muchos padres implica no querer que sus hijos hablen la lengua materna porque es la lengua de los explotados.

Toda esta situación lleva a plantear un "etnocidio estadístico", es decir, una reducción artificial de las cantidades reales de población indígena debido a una defectuosa metodología para la captación de datos.¹

En el caso del Distrito Federal, las cosas se complican más porque, por razones evidentes, el mimetismo es aquí mucho mayor que en el campo y es preciso tomar las estadísticas con mayores reservas aún. En este contexto y con estas limitaciones ofrecemos las notas que siguen, reiterando que se trata de aproximaciones y no de una investigación concluyente.

El conteo de población y vivienda de 1995 realizado por el INEGI nos da la cifra de 100 890 indígenas mayores de cinco años que hablan una lengua, más 24 464 niños de cuatro años y menos, cuyos padres hablan también una lengua. Si sumamos, la cifra oficial sería de 125 358. Esta cantidad casi se duplica si como unidad de análisis se emplean los "hogares con jefes y/o cónyuges que hablan una lengua indígena".

Según el mismo conteo de 1995, en la ciudad de México habitan miembros de 68 grupos distintos que hablan una lengua indígena, lo cual -aun considerando la presencia de algunos grupos de refugiados guatemaltecos llegados en la década de los ochenta- indicaría que la población indígena mexicana se está recuperando en términos cualitativos, ya que hasta 1990 se daba por hecho que los grupos indígenas del país eran 56.

De esta población, las dos terceras partes son indígenas originarios nahuas, y los demás son indígenas migrantes que residen principalmente en las delegaciones Izta-palapa con 61 320 hablantes de lenguas indígenas, Gustavo A. Madero con 29 187, Cuauhtémoc con 15 745, Coyoacán con 14 720 y Venustiano Carranza con 10 238.

¹ Guillermo Bonfil Batalla. *México profundo. Una civilización negada*: Grijalbo, México, 1994, p. 46.

Los indígenas originarios pertenecen a comunidades precortesianas del valle de México, conservan su lengua, el náhuatl, eligen a sus autoridades -mismas que a veces son reconocidas por las delegaciones políticas de la ciudad- y poseen formas propias de organización social y política. Casi todas están ubicadas al sur de la ciudad, en las delegaciones Tlalpan, Milpa Alta y Tláhuac.

A pesar de haberse constantemente mantenido en pie de lucha y de poseer títulos de propiedad que, en ocasiones, se remontan hasta la Colonia, el crecimiento urbano acosa su territorio y pone en peligro su existencia. Según estimaciones de Silvia Bazúa, jefa de la Unidad Departamental de Atención a Indígenas Originarios del DIF-DF, fundamentadas en el Censo 95 del INEGI, la población indígena originaria en estas delegaciones sumaría 316 604 personas.²

En síntesis, aun con las contradictorias informaciones disponibles, parece prudente afirmar que por lo menos 500 000 habitantes del Distrito Federal son indígenas y que aquí reside aproximadamente uno de cada 20 indígenas del país. Incluso, sin contabilizar a los indígenas que viven en los 27 municipios conurbados de la zona metropolitana, es posible afirmar que la ciudad de México es la principal metrópoli indígena del continente americano y que, asimismo, está viviendo un proceso de reindianización, en que las viejas identidades ocultas comienzan a alcanzar la luz del día.

Indígenas migrantes

*¿A dónde vamos? ¿Regresaremos algún día?
¡No! Los ríos no regresan, las lágrimas tampoco.*

Mario Molina Cruz

De entrada, hay que aclarar que los conceptos empleados en torno a los migrantes disfrazan mecanismos de poder. Las mismas palabras "indígena" e "indio" son de

² Silvia Bazúa. "La migración de la mujer indígena al Distrito Federal", ponencia presentada en el Foro La migración campo-ciudad y las mujeres, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, 16 de abril de 1999.

origen colonial y muchos grupos no las aceptan: ellos se identifican como otomíes, nahuas (que se nombran a sí mismos mexicanos), mazahuas, mixes, etcétera, pero no indígenas.

El uso ideológico del lenguaje impide ver la abundancia de móviles, características y consecuencias que suponen los procesos migratorios; y es común, por ejemplo, asociar la palabra migrante a la palabra problema. La idea es que los migrantes son una carga, que vienen a estorbar, que ésta no es su tierra y que tienen que regresar a su casa.

En realidad, los desplazamientos de poblaciones son fenómenos muy antiguos que se deben a causas que han ido variando según los lugares y las épocas. En nuestro tiempo, cuando el desarrollo económico crea riqueza y trabajo sólo para unos pocos, y pobreza, exclusión y destrucción para la gran mayoría, éstos toman la forma de grandes migraciones forzadas que se deben tanto a una desigual, no democrática e injusta distribución de la riqueza, como a causas políticas, culturales, de género, étnicas y religiosas.

Los procesos migratorios se encuentran, además, condicionados por la colosal manipulación llevada a cabo por los medios de comunicación y la publicidad: junto con las mercancías se vende a los pobres la mentira de una sociedad ideal, y este espejismo del bienestar empuja a millones de personas a migrar en búsqueda de una vida mejor.

En el caso de México, una parte de la población migrante se dirige periódicamente hacia Estados Unidos, ya que la globalización neoliberal impulsa la libre circulación de dinero y mercancías pero, al mismo tiempo, cierra las fronteras a las personas; y la otra parte, aún más numerosa, emigra a las ciudades del país.

Está claro que las causas de estas migraciones masivas se localizan en el campo: rezago agrario, escasa productividad de la tierra, ausencia de oportunidades, permanencia de poderes caciquiles. Con respecto a los indígenas, hay que añadir el despojo de sus tierras ancestrales, así como la subordinación política y cultural que viven en el contexto de la sociedad nacional.

Para ellos, la decisión de abandonar la comunidad de origen, emprender un largo viaje y exponerse a las incertidumbres de la vida metropolitana es más ardua que para los mestizos. De esta manera es posible observar que, históricamente, los indígenas se desplazaron después, llegando en un primer momento a las ciudades-mercado de su entorno socioeconómico (por ej. Oaxaca o San Cristóbal Las Casas, Chiapas)

y sólo posteriormente a las grandes urbes como Guadalajara, Monterrey o el Distrito Federal.

Hacia 1940, la población indígena de la capital todavía se concentraba principalmente en las delegaciones rurales del sur de la ciudad, y no es sino hasta los años cincuenta y sesenta, cuando se observaron grandes cantidades de población indígena migrante.

Con las sucesivas crisis de la economía nacional, que paulatinamente fueron mostrando lo inviable del modelo económico escogido para el campo, la zona metropolitana se convirtió en la principal receptora de migrantes del país: tan sólo en el periodo de 1956-58, llegó a Ciudad Nezahualcóyotl medio millón de personas relegadas a las actividades económicas menos remuneradas y más rudas.

Este drama se desarrolló ante la indiferencia de las autoridades, que no quisieron reconocer a los indígenas migrantes como un sector de la población distinto al resto de la masa urbana, y ante la discriminación de una sociedad que, por considerarlos atrasados cultural, política y socialmente los marginó, negando sus expresiones culturales y limitando, en los hechos, sus derechos ciudadanos.

Hoy, las causas que condicionaron estos grandes movimientos migratorios siguen vigentes. La reciente Encuesta Nacional de Empleo en Zonas Indígenas (ENEZI), elaborada por el INI y el INEGI, establece que menos de la tercera parte de la población de las diferentes etnias indígenas está empleada en las regiones de origen, y que de ésta, 50 por ciento no recibe salarios. Al mismo tiempo, 30 por ciento de quienes sí cuentan con un empleo percibe menos de un salario mínimo al mes.³ En estas condiciones es obvio que la migración indígena hacia la zona metropolitana va a seguir.

De hecho, las regiones que expulsan indígenas a la ciudad de México se caracterizan por los altos índices de marginación y pobreza. Las principales son el valle del Mezquital (Hidalgo), Toluca y Amealco (Querétaro), Guanajuato y Tierra Blanca (Guanajuato), en el caso de los otomíes; la Huasteca hidalguense y potosina para los nahuas; Acayucan, Catemaco Hueyapan, Macayapan, Sayula, Sotepan y Pajapan (Veracruz), para los nahuas-popolucas; Timilpan, Atlacomulco, San Felipe del Progreso, Acambay, Ixtlahuaca, Temoaya, El Oro, Jiquipilco, Temascalcingo y Donato Guerra (Edo. de México), para los mazahuas.

³ INI-INEGI, 1999. Citado en *La Jomada*, México, 30 de marzo de 1999.

Discriminación

*A sangre y flor el pueblo mexicano ha vivido.
Vive de sangre y flor su recuerdo y su olvido.*

Carlos Pellicer

La ciudad, decía Guillermo Bonfil Batalla, siempre fue un bastión colonial.⁴ En ella instauraron los invasores su espacio privilegiado de dominio. Siglos después, aquí nació el discurso oficial que glorifica las civilizaciones indígenas prehispánicas para borrar a los indios realmente existentes e integrarlos de manera subordinada a la sociedad dominante.

Es lugar común afirmar que México no es un país racista, que aquí conviven armoniosamente indígenas, blancos y mestizos (además de negros, chinos, judíos y otros grupos minoritarios), y que las oportunidades sociales están abiertas a todos sin reparar en las peculiaridades raciales.

Como argumentos de esta "democracia racial" se aducen las leyes, la valoración oficial positiva del mestizaje y los casos excepcionales de indígenas que han escalado los puestos más altos en la política, en la Iglesia o en los negocios.

La realidad es bastante diferente. Lo que existe en México es un enfrentamiento entre dos civilizaciones: la mesoamericana india, por un lado, y la occidental cristiana por el otro. Este choque -evidente a veces, oculto casi siempre- condiciona la estructura y la dinámica cultural de la sociedad mexicana.⁵

En la escuela se enseña que todos los mexicanos -indios y mestizos- participan de igual manera en la herencia de las grandes civilizaciones prehispánicas. Así se conforma una idea abstracta que aplaude a los indios muertos para desprestigiar a los indios vivos. En el imaginario nacional, por ejemplo, ellos no tienen lenguas, sino dialectos. Sin embargo, como todo estudiante sabe, dialectos son las variaciones fonéticas, sintácticas y lexicales de un idioma, y nombrar dialecto a una lengua es un grave error conceptual. Y, además, no hay un idioma superior a otro, las lenguas indígenas de

⁴ Bonfil. *Op. cit.*, p. 82.

⁵ Pablo Latapí Sarre. "El racismo, problema educativo nacional", en *Proceso*, núm. 1130, México, 28 de junio de 1998.

México son tan importantes como el español, inglés o francés. Carlos Montemayor, especialista en literaturas indígenas, explica que "una de nuestras grandes riquezas son los idiomas. Una riqueza que debemos defender, porque es el alma de todos los pueblos que viven en México. Es necesario cantar en esos idiomas, escribir en ellos, recordar las historias que en ellos nacen, que en ellos se conservan; recordar que México es también el alma de esos idiomas".⁶

La población blanca ha impuesto valores que discriminan a los indios y a los mestizos, quienes a su vez reproducen este comportamiento en una cadena perversa y sin fin, que es típica de las sociedades racistas. Los propios indígenas no son ajenos a esta dinámica; en la delegación Milpa Alta, por ejemplo, los pueblos originarios discriminan en ocasiones a los indígenas migrantes otomíes, mazahuas y nahuas de Guerrero y Veracruz.

El racismo de corte biológico, en nuestros días, parece un tanto pasado de moda; sin embargo, la discriminación tiene muchos otros rostros.

En la familia, en la escuela y sobre todo en la televisión, los niños blancos aprenden a tratar de modo diferente a los indígenas, se acostumbran de manera natural a las barreras invisibles de la sociedad mexicana, a sus matices lingüísticos y a sus ideales estéticos. En las películas o en los anuncios publicitarios se les reservan los papeles más humildes, los mismos a que se les condena en la vida real. De manera "natural" los jóvenes asimilan los estereotipos que están en la base del prejuicio ("el indio es feo, flojo, primitivo, ignorante, borracho...") y aprenden las normas no escritas de las discriminaciones raciales cotidianas.

Éstas incluyen aquellos intentos, muy comunes en círculos intelectuales, de contraponer la cultura de los indígenas mexicanos a los valores inmortales de la llamada Cultura Universal. He aquí una trampa conceptual porque en realidad no hay oposición entre lo indígena y lo universal: la cultura de los pueblos mesoamericanos es parte, y con pleno derecho, del gran flujo creativo de la humanidad, al igual que la griega, la alemana o la japonesa.

Bonfil hablaba de una "esquizofrenia colonial" y de "un pecado original todavía no redimido", para referirse a la escisión cultural que marca la historia de México

⁶ Citado por Natalio Hernández. "Los pueblos indígenas: hacia el tercer milenio", conferencia, 26 de abril de 1999, Centro Universitario Cultural, México, DF.

y persiste hasta el presente, apuntalada en el prejuicio racista contra los pueblos originarios.⁷

Hoy, a pesar de que mucho ha cambiado en la conciencia nacional a raíz de la rebelión del EZLN, para los indígenas la ciudad sigue siendo el centro del poder ajeno y de la discriminación. Y sin embargo, acabar con las barreras visibles e invisibles que separan a los mexicanos no es tarea imposible. Esto implica que tanto la sociedad civil como el gobierno reconozcan que la discriminación existe, que abatirla no es fácil y que es tiempo de dar la batalla.

Derechos mutilados

*Viajar por los mares del silencio
volverse nada en la espuma
como si el cuerpo no tuviera signo.*

Natalia Toledo Paz

En México, el proceso de construcción de la ciudadanía se encuentra incompleto, ya que no abarca todos los espacios geográficos, sociales y culturales de la sociedad. El marco jurídico vigente define como ciudadanos a quienes nacen dentro del territorio nacional y llegan a la mayoría de edad. Asimismo, establece un principio de igualdad formal ante la ley que omite la existencia de grupos de población cuya identidad histórica tiene rasgos peculiares y que, además, se expresa en términos colectivos y no individuales como en el derecho romano.

Por su parte, los indígenas siempre han visto al estado mexicano como algo ajeno, una especie de monstruo del que se padecen los castigos sin que nunca se le pueda ver. "Nuestro pueblo, nosotros no lo conocemos como estado", expresa a la hora de comentar la constitución mexicana Agustina Mondragón Paulino, migrante mazahua, en un taller para formación de promotores jurídicos. "Nosotros tenemos autoridad, pero no tenemos estado", recalca Rufino Ramírez Díaz, abogado triqui.

⁷ Bonfil, *op. cit.*, p. 93.

¿Cómo sanar las viejas heridas? Los movimientos indígenas plantean hoy la necesidad de una nueva caita magna que reconozca el pluralismo jurídico, los derechos colectivos, la cultura y la normatividad interna de los diferentes pueblos. Éstos no son objetivos utópicos; van de acuerdo con las obligaciones ya contraídas por el Estado mexicano al reformar el artículo cuarto constitucional, al firmar el Convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (1991) y los Acuerdos de San Andrés con el EZLN (1996).

Toda esta problemática se vuelve más compleja aún en el ámbito urbano donde los migrantes indígenas no existen oficialmente y, de hecho, son ciudadanos imaginarios. Además de los cambios constitucionales, urge una legislación local que reconozca sus derechos. Sin embargo, dada la complejidad del tema, no se puede legislar al vapor; las organizaciones indígenas exigen que se recoja su punto de vista y se les tome en cuenta por medio de consultas y foros públicos.

Asimismo, se necesitan profundos cambios en el sistema de impartición de justicia. La Procuraduría General de Justicia y las agencias del Ministerio Público tienen serias limitaciones para comprender y hacerse entender por los diversos grupos étnicos, toda vez que muchos de ellos ignoran la lengua castellana y que el personal de dichas instituciones desconoce las muchas lenguas indígenas que se hablan en esta ciudad.

Lo mismo sucede en el Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, donde los actos jurídicos se ejercitan en muchas ocasiones sin que las partes que integran el proceso, ya sea como ofendidos o como procesados, comprendan a ciencia cierta las razones que llevaron a la autoridad judicial a tomar tal o cual determinación, y sin poder darse a entender con quienes califican y juzgan dichos asuntos.⁸

Además, aun cuando teóricamente existen garantías procesales que, por ejemplo, otorgan a los indígenas el derecho a un traductor, al peritaje antropológico y a la consideración de la pertenencia étnica para dictar sentencia, en la mayoría de los casos se quedan como letra muerta ya que los órganos impartición de justicia no están debidamente preparados y, a la fecha, carecen de instrumentos especializados para garantizar una justicia que incorpore la particularidad indígena.

La misma problemática se presenta, de manera más aguda todavía, en las cárceles. Según cifras proporcionadas por el INI en 1996, la población total de los ocho

⁸ Centro de Atención al Indígena Migrante (CATIM). *Proyecto para intérpretes indígenas*, 1999.

centros del Sistema Penitenciario del Distrito Federal era de 10 550 personas en tanto que los indígenas eran sólo 131, un porcentaje poco superior a 1 por ciento. De éstos, 92 por ciento eran delincuentes primarios y el 8 por ciento restante ya había ingresado anteriormente a prisión.⁹

Para 1998, las cifras eran aun menores: 106 detenidos, 93 varones y 13 mujeres. Con respecto al lugar de origen, la mayor parte provenía del estado de Oaxaca con 34 internos, seguido de Hidalgo con 16 y, por último, Puebla y Veracruz con 13 internos cada uno. Los delitos por lo que estaban recluidos eran homicidio, delitos sexuales, contra la propiedad y contra la salud. Las principales etnias eran la nahua con 33 internos, la otomí con 23 y la mixteca con 14.

Es obvio que estos números se tienen que tomar con muchísimas reservas, ya que la población indígena en prisión tiende a estar muy subestimada por dos factores adicionales: los prejuicios de las autoridades penitenciarias y el mimetismo de los propios reclusos indígenas quienes en muchas ocasiones optan por negar su origen.

Las razones son evidentes. En la cruel jerarquía de los penales, los detenidos indígenas ocupan el escalón más bajo, enfrentando una cadena interminable de abusos que van desde la realización de faenas en favor de otros reclusos (muchas veces con la complacencia de las autoridades penitenciarias), hasta el aislamiento y la falta de comunicación por problemas de idioma y de semántica. Incluso, se les ha clasificado como "individuos trastornados", simplemente por no hablar o entender bien el idioma español. Está el caso de Luis Zacarías Bonilla, indígena ñahñú (otomí), quien después de haber permanecido incomunicado en el Centro de Asistencia Social No. 4 del Distrito Federal durante nueve años con diagnóstico de "retraso mental", ha regresado a su comunidad (Texcatepec, municipio de Huayacocotla, Veracruz) gracias a que personal de la Dirección General de Equidad y Desarrollo pudo establecer su lugar de origen. Para enfrentar estos problemas -muy comunes-, cabe señalar un sistema creado por el INI, llamado "Identificador de lenguas", que incluye grabaciones de los principales idiomas indígenas del país para identificar el lugar de procedencia de las personas extraviadas.

⁹ INI-Dirección de Procuración de Justicia-Sudirección de Asuntos penales. *Población penitenciaria indígena en el Distrito Federal*, 1996.

Comunidades sin territorio

*En la noche oscura crece el miedo de la soledad
 destroza el sueño, marchita a la palabra
 -dios olvida la dulzura y ofrece su jicara de agua amarga*

Esteban Ríos Cruz

Los indígenas migrantes llegan solos o con sus familias enfrentando múltiples dificultades; sin embargo, siempre cuentan con parientes y amigos del mismo pueblo que les proporcionan alojamiento y contactos para "llevar la vida". De esta manera, van reproduciendo los núcleos comunitarios en donde pueden hablar su idioma y practicar sus costumbres.

La persistencia de relaciones con el pueblo de origen y también con aquellos migrantes que se van a otras partes (principalmente EE UU y el noroeste del país) ha llevado algunos investigadores a plantear la existencia de una comunidad extendida o sin territorio que opera a partir de los vínculos de sangre y la tradición.¹⁰

Las rutas migratorias asumen la forma de una red con muchos nudos y puntos de partida y llegada donde el espacio de los migrantes, antaño local, se vuelve transnacional. Los mixes de la Sierra Juárez, por ejemplo, tienen asentamientos en la ciudad de Oaxaca, en Nezahualcóyotl, Chalco y el propio Distrito Federal, así como en Chicago, Nueva York y Los Angeles. Los mixteos de San Juan Mixtepec, Oax., los tienen en Morelos, Veracruz, Baja California pero también en Florida y California y, por supuesto, en el Distrito Federal. Es de señalar que esta multicentralidad rompe las jerarquías y los patrones locales del poder, pero no necesariamente conduce a una asimilación; más bien ser zapoteco, triqui o purépecha en este ámbito "intertextual" implica ahora nuevos significados, y hoy existen en la ciudad de México migrantes indígenas de tercera y cuarta generación que conservan su cultura, identidad y lengua.¹¹

¹⁰ Cristina Oemichen. "Las mujeres indígenas migrantes en la comunidad extraterritorial", ponencia presentada en el Foro La migración campo-ciudad y las mujeres, UNAM, 1999.

¹¹ Federico Besserer, "A Space of View: Transnational Spaces and Perspectives", ponencia presentada en el encuentro Transnationalism: An Exchange of Theoretical Perspectives from Latin American, Africanist and Asian Anthropology, University of Manchester, Manchester, UK, 16-18 de mayo de 1998.

Algunas organizaciones de migrantes, como por ejemplo el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional (FIOB), cuentan con sofisticados sistemas de comunicación que incluyen emisoras de radio y páginas electrónicas en la Internet.¹²

¿Dónde viven los indígenas migrantes en el Distrito Federal? No podemos hablar de un bloque homogéneo pero sí de algunos lugares característicos. Desde hace mucho tiempo, los mazahuas de San Antonio Pueblo Nuevo y de Providencia se han instalado en las cercanías de la Merced, en vecindades de las calles Belisario Domínguez, Guatemala, Cuba, Moneda, San Marcos y Santísima.¹³ Otros grupos se han establecido en Naucalpan y Ciudad Nezahualcóyotl y, más recientemente, en Chalco, Ecatepec y Chimaluacán, así como en las mismas delegaciones Cuauhtémoc y Venustiano Carranza del Centro Histórico.

Las precarias condiciones de estos predios han sido descritas por muchos autores a partir de los estudios clásicos de Oscar Lewis, realizados hace medio siglo. Desde aquel tiempo, la situación probablemente ha empeorado ya que los indígenas siguen viviendo en las mismas vecindades (ahora más deterioradas) o en otras que fueron abandonadas a raíz de los sismos, o bien en barrancas y cerros en las afueras de la ciudad. Aun así, los grupos que permanecen en el Centro Histórico, en gran parte vendedores ambulantes mazahuas y otomíes, no quieren reubicarse en otras partes de la ciudad porque en esta zona es donde tienen sus fuentes de ingreso.

Un solo baño y un solo lavadero prestan servicio a decenas de familias; las instalaciones eléctricas, cuando existen, son precarias y de alto riesgo; los cuartos no tienen ventanas y hospedan hasta 10 personas en espacios sumamente reducidos.

Por eso la lucha por una vivienda digna, segura y propia se ha vuelto uno de los ejes unificadores de la lucha de los indígenas migrantes. Su demanda principal es acceder a créditos de largo plazo para adquirir los predios que actualmente habitan y mejorarlos. Sin embargo, para esto se necesitan nuevas políticas públicas, ya que en las actuales condiciones los indígenas, ya sea por los bajos salarios o porque sus ingresos provienen de la economía informal, no son sujetos de crédito.

En ocasiones, la falta de higiene y la carencia de recursos económicos producen un alto grado de desnutrición, sobre todo en niños y mujeres, y numerosas muertes

¹² Véase por ejemplo: <http://www.laneta.apc.org/fiob/editorial.html>

¹³ Lourdes Arizpe. *Indígenas en la ciudad de México. El caso de las marías*. Sep/Diana, México, 1979, p. 127.

por enfermedades curables. Las instituciones de salud brindan algunos servicios pero se requiere de una mayor cobertura ya que, por múltiples razones (por ej. la falta de papeles), esta población no tiene fácil acceso a los servicios ni a la compra de medicamentos.

En todo caso, los mayores índices de marginación y de desnutrición en el Distrito Federal no se encuentran en los predios del Centro Histórico sino en la delegación Milpa Alta, en donde conviven pobladores nahuas originarios e indígenas migrantes. Ahí, existe además una dinámica de conflicto sumamente compleja, porque los originarios luchan desde hace décadas contra el crecimiento de la mancha urbana; contra la invasión de sus pueblos por parte de otros pobres urbanos y por la conservación ecológica mientras permiten, al mismo tiempo, a los peones migrantes que emplean en las nopaleras construir chozas en tierras de uso agrícola no aptas para vivienda, como barrancas, cauces de arroyos o predios que no han sido disputados por el gran riesgo que representan.¹⁴

Trabajo

*Hoy todo ha cambiado.
Poco a poco estamos terminando
la tarea que se nos encomendó en el mundo.
Hemos avanzado lo que pudimos.*
Gerardo Can Pat

¿A qué se dedican los indígenas migrantes que llegan a la ciudad? Para contestar a esta pregunta de manera aceptable harían falta mucho más datos, por lo tanto aquí nos limitamos a algunas observaciones introductorias.

En primer lugar, puede ser útil distinguir diferentes etapas en el proceso de migración hacia la ciudad. Entre los años cuarenta y los sesenta, los movimientos poblacionales cubren las necesidades de la industrialización del país. Al igual que los demás campesinos (aunque generalmente en condiciones más desfavorables que los

¹⁴ Silvia Bazúa. *Op. cit.*

mestizos), los indígenas proporcionan la mano de obra barata necesaria para el despegue industrial. Una encuesta levantada hacia 1974 entre indígenas purépechas procedentes de Tzintzuntzan, Mich., señala que el 37 por ciento de los jefes de familia estaban empleados en industria de transformación, 15 por ciento trabajaban en puestos de gobierno, 14 por ciento en el comercio y 9 por ciento eran albañiles, mientras que los demás eran estudiantes, choferes o empleados en el sector de los servicios.¹⁵ Aunque parciales, estos datos muestran altos índices de empleo en los sectores secundario y terciario.

Sin embargo, el modelo se agota y, a mediados de los setenta el mercado laboral experimenta una primera contracción que después se profundiza en los ochenta y en los noventa. La situación en el campo empeora y, al mismo tiempo, las fuentes de empleo en la ciudad se vuelven escasas, los salarios reales bajan, las posibilidades de ganarse la vida disminuyen y la marginación se recrudece.

En estas condiciones, los factores de atracción se suman a los factores de expulsión, lo cual tiene efectos sumamente negativos en el nivel de vida de la población migrante. Hoy, a pesar de que hay indígenas que se están profesionalizando en todos los campos, la escasez de oportunidades hace que una de sus actividades principales -no la única, pero sí la más visible- sea el comercio ambulante, asunto que abordamos en el siguiente párrafo.

Otros indígenas, sobre todo los de migración reciente, se desempeñan en trabajos de muy baja remuneración como cargadores, macheteros, diableros, peones de albañil, boleros o trabajadoras domésticas. Otros más se dedican a la producción y venta de artesanías o bien prestan servicios en las fuerzas de policía y en el ejército. Y están también los que piden limosna, sobre todo los niños.

Salvo los que tienen empleos formales, muy pocos gozan de prestaciones laborales y, a causa de los salarios sumamente reducidos, todos, excepto los niños más pequeños, contribuyen al sustento de la familia.

Se pueden observar interesantes correspondencias entre las ocupaciones de los indígenas migrantes, su lugar de procedencia y el tiempo de residencia en la ciudad. Veamos.

¹⁵ Robert Kemper. *Campesinos en la ciudad. Gente de Tzintzuntzan*: SepSetentas, México, 1976, p. 100.

En primer lugar, estarían los migrantes permanentes que viven en el Distrito Federal desde los años sesenta o antes. En el caso de los hombres, muchos llegaron a la ciudad en calidad de albañiles y contribuyeron de manera destacada a la construcción de obras públicas, como por ejemplo el Metro. Entre ellos encontramos a los mazahuas, los otomíes y los triquis.

Un nutrido grupo de mazahuas, procedentes del municipio Villa Victoria (Edo. de México), se ha instalado desde hace 35 años en el pueblo de San Lorenzo Tlacoyucan (delegación Milpa Alta) para prestar servicio como jornaleros agrícolas en las nopaleras de la región.

Algunos huicholes se han asentado en las inmediaciones de La Ciudadela a partir de los setenta, son artesanos y viven casi siempre en comunidad. Otros huicholes, también artesanos, viven en los municipios conurbados de Chalco y Naucalpan. Los mixtecos, mixes, triquis (de Chicahuaxtla, Triqui Alta), nahuas y zapotecos, también asentados desde los setenta y antes, suelen vivir dispersos en varios lugares del área metropolitana, y sus lazos comunitarios se limitan a la organización de fiestas, actos culturales o religiosos y eventos deportivos. Su padrón laboral es más variado ya que hay carpinteros, artesanos, albañiles, policías, vigilantes, empleados de gobierno (sobre todo en la limpieza de calles) y trabajadoras domésticas.¹⁶

También encontramos migrantes temporales que vienen a trabajar de tres a cuatro meses al año, en los tiempos muertos del ciclo agrícola, para después regresar a su lugar de origen. Entre ellos hay mazahuas y otomíes además de nahuas, amuzgos y mixtecos, que se dedican a la venta de artesanía, al trabajo de cargadores y diableros en la central de abastos y a la albañilería. Los nahuas de Ahuehuepan, Xalitla, Tetelcingo y Temalcatingo, Guerrero, venden collares de piedra, barro, figuras y máscaras de madera, sobre todo en el Zócalo, el centro de Coyoacán y la Plaza San Jacinto. Los otomíes de San Pablito Pahuatlán, Puebla, venden papel amate, manteles bordados y collares de chaquira, mientras los nahuas de Soledad Atzompa, Veracruz, recorren las calles vendiendo muebles rústicos de madera de pino.

Otra situación es la de aquellos migrantes no organizados recién llegados que no encuentran un lugar seguro dónde vivir, no tienen empleo y muchas veces traen a la familia consigo. Son los que viven pidiendo limosna en la calle y durmiendo en las

¹⁶ Leobardo Sánchez Piña. "Los indios visibles", mecanograma: CATIM, 1998.

estaciones del Metro o en las terminales de autobuses. A menudo los niños de estas familias se pierden en el caos de la ciudad, engrosando las filas de los llamados niños de la calle.

Por último, jóvenes (hombres y mujeres) que llegan a la ciudad a trabajar por temporadas. Ellos migran sin familias y raramente se quedan más de cinco o seis meses en un año. Casi siempre hablan español, mínimo tienen estudios de primaria y sus condiciones de vida son precarias aunque no desastrosas. A menudo, comparten con otros jóvenes del mismo pueblo una vivienda adonde llegan sólo a dormir.

Comercio ambulante

*Queremos decirles que ya no somos las marías de antes.
Somos mujeres organizadas
que luchamos por nuestros derechos.
Queremos decirles que en los años que vienen
van a escuchar más de nosotras.
Silvia de Jesús Maya*

Hemos señalado que el perfil laboral de la población indígena se ha ido transformando. Mientras en la década de los cincuenta y hasta los setenta su incorporación se dio principalmente en los sectores secundarios y terciarios, en la actualidad, con la parálisis del mercado laboral, los migrantes se orientan cada vez más hacia la economía informal.

En toda América Latina, éste se ha convertido en un fenómeno estructural, producto de una crisis económica de larga duración, cuyas raíces en México se encuentran en el modelo de industrialización adoptado a partir de los años cuarenta. En este contexto, el crecimiento del comercio ambulante se presenta como una respuesta social a la reducción del salario real de los trabajadores, así como a la destrucción de la micro, pequeña y mediana empresa que ha arrojado al desempleo a millones de personas.¹⁷

¹⁷ Leobardo Sánchez Piña. "Perfil ocupacional de la población indígena migrante de la ciudad de México", mecanograma: CATIM, 1999.

El Distrito Federal se configura como el principal polo de atracción de la economía informal en todo el país, con aproximadamente 225 000 personas empleadas. La Confederación de Cámaras Nacionales de Comercio (Concanaco) calcula que el ritmo de crecimiento de los empleos en el sector informal es de 13.6 por ciento anual, pues de 1988 a 1995 creció 108.5, mientras que la población económicamente activa lo hizo 23.25 por ciento.¹⁸

La parte más jugosa de este negocio, que atrae cantidades enormes de capitales, se ubica en el Centro Histórico que concentra una gran cantidad de servicios y comercios y en donde diariamente circulan cientos de miles de personas. En este sector se pueden apreciar muchas de las características del sistema de gobierno vigente en México: corporativismo, clientelismo, corrupción, violencia, criminalidad.

Vale aclarar que de todo este flujo de dinero, a los indígenas les toca muy poco, ya que ellos no venden aparatos electrónicos ni ropa de lujo, sino, principalmente, fruta, verdura, semillas y, en menor medida artesanía y productos importados de bajo valor.

En tiempos recientes, la situación del comercio ambulante ha sido trastornada por el Bando de 1997 que prohíbe la venta en vía pública en el primer cuadro de la ciudad. Es útil recordar algunos hechos, ya que la pretensión de acabar con el ambulante no es nueva. El primer intento lo hizo hace ya más de 40 años el entonces regente Ernesto P. Uruchurtu, quien, mediante una orden administrativa, prohibió la venta de mercancía en las calles. En su administración (1952-1964) se construyeron inicialmente 69 mercados (el de la Merced, entre otros) reubicando a casi 30 000 vendedores y, en una segunda etapa, otros 90 para 21 000 ambulantes.

Después de esa época se redujo drásticamente la construcción de mercados y la cantidad de ambulantes volvió a crecer. Es cuando se comienza a notar la presencia de mujeres mazahuas -que la cultura mestiza dominante llama "marías"- quienes hacia los años sesenta ya vendían fruta, dulces y semillas en la Zona Rosa y a la salida de las estaciones del Metro. Ellas son, en gran parte, originarias de San Antonio Pueblo Nuevo, municipio de San Felipe del Progreso, Estado de México.

En los alrededores del mercado de la Merced llegaron las mazahuas de Zitácuaro, Michoacán, que también venden frutas y verduras que repepenan en el mismo

¹⁸ *La Jornada*, 3 de junio de 1998.

mercado y en la central de abastos. Otros grupos de ambulantes también indígenas, pero de diferentes regiones, como las yerberas, también se instalaron en la Merced hasta que fueron reubicadas a un costado del mercado Sonora.

En tiempo más recientes, el proyecto más ambicioso es el del regente Manuel Camacho Solís, quien reubicó a 10 000 vendedores en 40 plazas comerciales, construidas en predios dañados a raíz de los temblores de 1985.

Sin embargo, por cada vendedor reubicado asoman dos o más que toman su lugar en la calle. Todos los intentos fracasan, sencillamente porque el problema no tiene solución en el actual contexto de pobreza rural extrema y de falta de otras oportunidades.

¿Cuántos son hoy los ambulantes indígenas? Otra vez es necesario señalar la falta de datos concluyentes. Un censo llevado a cabo por el CATIM, resalta que el espectro de organizaciones que se dedica a la economía informal es muy amplio: los mazahuas cuentan con 11 organizaciones, los otomíes con 10, los triquis con nueve y los nahuas con cinco.¹⁹ Por su parte, la Secretaría de Desarrollo Social del DF tiene registradas en el Centro Histórico a 27 organizaciones indígenas dedicadas al comercio ambulante, las cuales congregan a 657 familias que suman 3 134 personas.²⁰ Sin embargo, existe también un número indeterminado de grupos informales y de familias que se dedican al comercio en vía pública en otras partes de la ciudad. Hay mazahuas de Zitácuaro, Mich., otomíes de Amealco, Qro. y San Pablito Pahuatlán, Puebla, nahuas del Alto Balsas (Tetelcingo, Xalitla y Ahuehuepan) y Temalcatzingo, Gro., huicholes de Jalisco y Nayarit, entre muchos otros. Con base en estos datos parciales nos arriesgamos a proponer la cifra de unas 10 mil familias de indígenas, por un total de entre 50 y 60 mil personas, que dependerían de la economía informal en el DF.

Los vendedores ambulantes indígenas son de los sectores mejor organizados y a la vez con mayores problemas entre los pobres urbanos. Es de señalar que se registran enfrentamientos entre ambulantes indígenas y líderes sociales mestizos mientras, diariamente, la policía capitalina comete abusos en contra de ellos, golpeándolos, decomisando su mercancía y aplicándoles multas exorbitantes.

¹⁹ Sánchez Piña. *Op. cit.* 1999.

²⁰ *La Jornada*, 7 de marzo de 1999.

Los más desprotegidos: mujeres

*Que sea alegría mi boca. Que tengan vida mis palabras.
Mi boca es un sabor de rosa. Que hable la rosa en mi boca. Rosa es el color de mi palabra*
Pasakwala Kómes

Históricamente, el aporte y la participación de las mujeres no se reconoce porque también promueve un cambio social y presta atención a problemas considerados como privados y propios de la vida cotidiana que no merecen un tratamiento político y social.

En el caso concreto de las mujeres indígenas, ellas son tres veces discriminadas: por ser pobres, por ser indígenas y por ser mujeres.

Algunos números ayudan a entender su situación en la ciudad. El 55.3 por ciento de los hablantes de lengua indígenas que viven en el Distrito Federal son mujeres. Según el Censo 95, las delegaciones con mayor porcentaje de mujeres hablantes de una lengua indígena son Iztapalapa con 61 294, Gustavo A. Madero con 29 143, Cuauhtémoc con 15 737, Tlalpan con 15 057 y Coyoacán con 14 720. En el Distrito Federal habitan 1.44 mujeres otomíes por cada hombre, aumentando a 3.66 en la delegación Benito Juárez, 2.93 en Miguel Hidalgo, 2.14 en Coyoacán y 1.59 en Alvaro Obregón.²¹ La migración indígena a la ciudad de México tiene rostro femenino. Proceden, principalmente, de los estados de México, Oaxaca y Puebla.

El mercado laboral absorbe a las mujeres indígenas en condiciones totalmente desfavorables y sin prestaciones: ellas, específicamente las niñas y las adolescentes, constituyen una fuente de mano de obra desprotegida y super-explotada.

Sus ocupaciones principales son el trabajo doméstico, el ambulante y la elaboración y venta de artesanía. Una minoría ejerce la prostitución, sobre todo en la zona de La Merced.

Las migrantes acceden al trabajo por medio de redes comunitarias y de redes asimétricas. Entre las clases medias urbanas es común oír comentarios del tipo: ¿quieres una sirvienta?, ¿de a cómo la quieres? Asimismo, se han registrado casos de mujeres vendidas en calidad de trabajadoras domésticas, generalmente por parte de familias rurales que se encuentran en condiciones de absoluta indigencia.

²¹ Dirección General de Equidad y Desarrollo Social (DGEDS). "Propuesta de política social para pueblos indígenas y poblaciones indígenas migrantes", mecanograma, 1998.

Las mazahuas se dedican al comercio desde el siglo pasado y cuando emprenden el viaje a la ciudad muchas optan por seguir en la misma rama. Es el caso de las "marías", una forma despectiva para nombrar a las mujeres que se dedican a esta actividad: a cinco décadas de iniciado el proceso es de señalar una feminización del ambulante; el principal problema que ellas enfrentan son las relaciones con los grupos de mestizos que controlan el lugar físico de los puestos y el pago de las cuotas. "Nosotras vendemos en las calles del Centro Histórico desde hace mucho tiempo; antes no existía el líder", expresa Juana Victoriano Cruz. "Desde que nos impusieron a los líderes para prohibir la venta, los granaderos nos quitan la mercancía y nos golpean. Sin embargo, nosotras no perjudicamos al comercio establecido porque vendemos pepitas, dulces y fruta de temporada."

Aparte de las mazahuas, entre las vendedoras hay nahuas, triquis, huicholas, otomíes y mayas que venden artesanías (principalmente textiles, barro y chaquira), generalmente a un precio inferior a su costo ya que tienen que competir con los intermediarios que tienen mejores lugares, mejor presentación y mejores oportunidades para su venta.

Otro aspecto grave es el de la violencia intrafamiliar. "La mujer y las niñas y niños sufren las consecuencias del maltrato de los padres u hombres mayores de las casas, que van desde las amenazas, insultos y golpes hasta las violaciones. Desafortunadamente, no se tienen datos precisos de estos hechos porque generalmente no se denuncian," apunta Tomasa Sandoval, de Nación Purépecha, A.C.

No existen datos confiables sobre la cantidad de mujeres indígenas que se dedican a la prostitución, sin embargo es notorio que el servicio doméstico siempre ha sido su puerta de entrada. La baja remuneración de esta y de otras actividades informales, así como su estrecha relación con comedores, bares y cantinas induce un elevado porcentaje de mujeres indígenas a prostituirse.

El comercio sexual está controlado por mafias que tienen entre sus víctimas a las adolescentes indígenas o campesinas, robadas o "vendidas" por sus familias. En algunos casos, jóvenes varones funcionan como anzuelos para secuestrar a las menores y venderlas a las redes de prostitución establecidas.²²

²² AA VV. *Al otro lado de la calle. Prostitución de menores en la Merced*. CDHDF/EDIAC y UNICEF, 1996.

A pesar de este cuadro ciertamente no positivo para las mujeres indígenas, hay que decir que para ellas la decisión de migrar significa a menudo la posibilidad de tomar decisiones por sí mismas -en particular con respecto a su salud reproductiva—, sustrayéndose de esta manera a la estructura patriarcal dominante en los pueblos de origen.

En el caso de los mazahuas, por ejemplo, las comunidades de origen están estructuradas por barrios, y cuando se casan las mujeres se integran en la vivienda del marido, quedando sujetas a las disposiciones de la familia de éste. Trabajar en la ciudad cambia este tipo de relaciones, posponiendo la edad del matrimonio, favoreciendo el uso de contraceptivos y otorgando un nuevo poder a las mujeres.²³ El resultado es una verdadera revolución de la vida cotidiana que no implica necesariamente una negación de la identidad, ni la asimilación.

Los lazos con la comunidad se mantienen gracias al culto a los muertos y al calendario de fiestas, sólo que ahora las mujeres están en la posición de financiarlas ellas mismas, lo cual les otorga un nuevo poder. Por último, es significativo que muchas mujeres indígenas migrantes hayan accedido en la ciudad a posiciones de liderazgo político y social que les eran anteriormente vedadas.

Los más desprotegidos: niños

¿Has visto salir el sol? ¿Has visto nacer un niño

Como nace el sol y nace el niño así nace tu rayón

Ella acaba de nacer, es fresca, agradable ante los ojos de su n

Martiniano Pérez Angulo

El desarrollo de la vida del niño indígena migrante se da de una forma distinta a los demás niños: su cultura y sus valores tienen raíces en el grupo étnico al que pertenece, pero una parte de su vida cotidiana se desenvuelve en otro medio. Esta situación a menudo produce conflictos y problemas de orden psicológico.²⁴

²³ Oemichen. *Op. cit.* 1999.

²⁴ David Fernando Beciez y Carmen Margarita Pérez. "Una experiencia educativa a niños indígenas en el Distrito Federal": Secretaría de Educación Pública, mecanograma, 1997.

En la ciudad, muchos niños indígenas no tienen acceso a la educación preescolar y muchas veces tampoco a la primaria ya que, por haber migrado, han tenido que desertar la escuela. Y, al igual que sus familias, tienen el problema de carecer de documentos escolares así como de actas de nacimiento.

Por otro lado, los que sí asisten a clases muchas veces tienen retrasos en el aprovechamiento. En la delegación de Milpa Alta se reportan casos de expulsión de niños indígenas que no alcanzan los requerimientos académicos.²⁵ Aunque no haya intención de discriminar, es el propio sistema que lo hace. ¿Cuántos niños indígenas acceden a becas? ¿Cuántos indígenas terminan una carrera?

Esta situación repercute en los hábitos de las familias indígenas, ya que para no exponer a sus hijos al calvario de la discriminación, los padres optan por no enviarlos a la escuela.

Así, no sólo se requieren escuelas, sino también educación bilingüe e intercultural que refuerce la identidad de los niños indígenas, les dé orgullo y, a la vez, el sentimiento de pertenencia a la ciudad en condiciones de equidad.

Al mismo tiempo, es la pobreza extrema que pone a los niños indígenas en la situación de tener que contribuir al sustento de la familia, sin gozar de los espacios de juego y recreación que requiere su edad. Muy chicos, se les puede ver vendiendo dulces y artesanías o pidiendo limosna en las calles mientras que, ya mayorcitos (10-14) trabajan como obreros, ayudantes de albañil, cargadores o en tareas domésticas.

Dramática se presenta la situación de los niños de la calle. Sobre ellos, el DDF (ahora GDF) y la UNESCO han levantado dos censos, uno en 1992 y otro en 1995, calculando su número total en 13 373 niños y niñas concentrados en 1 214 puntos de encuentro. De ellos, 1 850 han tomado las calles como espacio permanente, mientras que los demás utilizan las calles fundamentalmente como espacio de trabajo. En total, habría 4 212 mujeres y 9 161 varones y las Delegaciones con más porcentaje serían la Cuauhtémoc (21.86%), Iztapalapa (13.03%), Venustiano Carranza (12.45%) y Gustavo A. Madero (11.74%).

Estos datos se antojan equivocados por defecto, sin embargo, aun así se desprenden de ellas observaciones significativas. Según este censo, en total hay 1 980 niños indígenas o sea 14.8 por ciento, un porcentaje significativamente superior al prome-

²⁵ Bazúa. *Op. cit.* 1999.

dio nacional reconocido para la población indígena que es de 9 por ciento. Además, nos enteramos que el crecimiento de niños indígenas, con respecto a 1992, fue de 172.3 por ciento, lo cual nos habla de un empeoramiento evidente de las condiciones de vida de la población indígena en este lapso. Asimismo, se reportan aumentos significativos en la presencia de niños pequeños.

En el rubro de las actividades los niños indígenas que viven en la calle se dedican a la mendicidad (76%) y a la venta de productos (23%). Entre los indígenas, por cada 10 niños cinco son mujeres, mientras que en el caso de la población mestiza las mujeres representan un porcentaje mucho menor.

Del total de las niñas de la calle, 23.2 por ciento son indígenas que han migrado al Distrito Federal y que viven o trabajan en la calle, generalmente en compañía de sus familias. Las cinco actividades predominantes para niñas indígenas de la calle son ambulante, mendicidad, limpieza de parabrisas, actuación y prostitución.²⁶

Los números hablan por sí mismos, sin embargo una observación se impone aun a riesgo de caer en afirmaciones altisonantes: ser niña, indígena y pobre en el Distrito Federal significa asomarse a la vida desde el rincón más desdichado.

Espacios de la diversidad

*Siempre florecerá la palabra. Mientras cante la chicharra.
Mientras aletee el colibrí y si la hormiga sigue su camino.
Abad Carrasco Zúñiga*

Uno de los grandes acontecimientos de este final de siglo es el reconocimiento de la diversidad como fuente de la riqueza cultural de la humanidad. En el caso del Distrito Federal existe un vacío de acciones institucionales dirigidas a reconocer esta diversidad que se plasma en el carácter pluriétnico y multicultural de la ciudad. En el caso de los indígenas, cuando se habla de ellos, raramente se señalan sus aportes a la cultura, sino los problemas que tienen y los que, supuestamente, crean.

²⁶ DDF y UNICEF. "II Censo de los niños de la calle, ciudad de México, los olvidados: niños indígenas en situación de calle", mecanograma, 1996.

Asimismo, es notoria la ausencia de una política pública dirigida a la población indígena, y falta por completo lo que en otras latitudes se ha llamado "acción afirmativa", es decir, la promoción de los derechos y de la cultura de minorías históricamente oprimidas y discriminadas.

Frente a esta realidad, se mantienen casi en la clandestinidad múltiples y generosas expresiones de la creatividad indígena que van desde la pintura, la poesía, el canto y la danza hasta la música y los artes populares. Hay tantas fiestas en el Distrito Federal que no alcanzan los días del año para asistir a todas ellas. Un centenar de bandas musicales indígenas procedentes de muchos rincones del país y otros tantos grupos de danza las amenizan espléndidamente.

Elíseo Martínez, contador público y también músico purépecha de Charapan, Michoacán, señala: "En mi música hablo de que la cultura purépecha sigue vigente y de que aquí, en la ciudad de México, nos negamos a ser objetos."²⁷

Existen, además, nuevas y muy sofisticadas formas en que los indígenas se asoman al mundo contemporáneo. Éstas no nacieron en las universidades o en las instituciones culturales, sino al calor de los movimientos sociales de resistencia, autodesarrollo y toma de conciencia.

La Asociación de Escritores en Lenguas Indígenas, mediante la revista *Palabra Florida* y, más recientemente, *Nuni*, propone ensayos, cuentos, relatos y poemas en edición bilingüe, además de imágenes fotográficas y pinturas. Además de favorecer la comunicación entre escritores indígenas, la idea es ofrecer al público no indígena la posibilidad de enterarse de la diversidad lingüística del país y de la rica producción literaria que existe en estas lenguas.

Uno de los objetivos de la Asociación es acabar con el lugar común de que las lenguas indígenas no se escriben y no pueden compartir con el español el acceso a las computadoras y a los medios electrónicos e impresos. Recientemente, la Asociación presentó a la Comisión de Asuntos Indígenas de la Cámara de Diputados el proyecto de Declaración sobre los Derechos Lingüísticos de los Pueblos Indígenas de México.

Juan Gregorio Regino, poeta mazateco y actual director de *Nuni*, explica que hoy "el pensamiento indígena va y viene del mundo occidental al propio, recreándose, nutriéndose y enriqueciéndose ambos".

²⁷ Karina Avilés. "Se extiende en la ciudad de México la revalorización de lo indígena": *La Jomada*, 11 de agosto de 1998.

"Los indígenas aportan a la cultura universal otra forma de mirar la vida cotidiana y lo sagrado," aclara Natalio Hernández, escritor nahua y director de la Asociación. "Nuestras culturas siguen vigentes, muchos de los mitos de fundación, pueden servir para imaginar un México moderno. Nosotros nos estamos redescubriendo como escritores, estamos planteando que nuestras culturas trascendan los ámbitos comunitarios." Estas expresiones reflejan la situación del país: México está siendo repensado y en esta tarea los indígenas tienen el papel de replantear el mundo de las raíces. La lengua es el gran canal donde fluye la cultura y las lenguas indígenas pertenecen a todos los mexicanos.

El gobierno del Distrito Federal necesita dar una forma a esta nueva agenda de la diversidad cultural. Es preciso instrumentar una estrategia de vinculación con estos grupos culturales y con los movimientos sociales indígenas para rescatar lo que ellos consideran pertinente y abrirles espacios en las delegaciones políticas, en las casas de la cultura y en las instituciones responsables de diseñar la política cultural de la ciudad.

Hacia un diálogo intercultural

Yo vengo a poner orden. Yo vengo a hacer justicia.

Porque es parte de mi carne.

Porque es parte de mi sangre.

Porque soy abogado justo.

Juan Gregorio Regino

La ciudad de México no es sólo la urbe más poblada del mundo, es también la principal metrópoli indígena del continente americano. El rápido recorrido que emprendimos por la realidad de los indígenas urbanos nos habla de un universo desconocido y negado, pero al mismo tiempo rico de potencialidades para el futuro del país.

La primera observación que se impone es que nos encontramos frente a graves atropellos de los derechos humanos y a un severo déficit en el acceso a los servicios públicos. La resolución integral de esta problemática en el corto plazo rebasa las capacidades de cualquier gobierno, sin embargo, éste no puede ser un pretexto para la inacción o la impotencia.

A falta de una mejor expresión, hemos llamado "acción afirmativa" al rumbo estratégico que podrían tomar las nuevas políticas públicas encaminadas a dar vigencia a los derechos de los pueblos indígenas y a emprender el rescate de sus peculiaridades culturales.

Los rubros de vivienda, educación, salud, derechos humanos e impartición de justicia se configuran como los más desatendidos. Por su parte, los indígenas no quieren regalos, quieren derechos y la posibilidad de acceder al crédito en condiciones equitativas para ser dueños de sus viviendas.

"A igual trabajo, igual salario", este viejo lema de la Revolución mexicana todavía es una reivindicación vigente en el Distrito Federal de finales de siglo.

Mejorar el acceso al sistema de salud, pero también procurar que éste cuente con la especialización debida para incorporar las particularidades indígenas en materia de noción de la enfermedad, de salud y de los procesos terapéuticos, orgánicos y mentales. Es preciso aceptar que los pueblos indígenas también tienen saberes médicos de probada eficacia y que estos saberes se deben tomar en cuenta.

Lo mismo en la educación: para que el niño indígena disfrute el aprendizaje se debería hacer en su propia lengua y cultura. En el DF esto es muy difícil de lograr, sin embargo se pueden levantar censos acerca de las lenguas que se hablan en cada Delegación, organizar talleres literarios y cursos de idiomas y favorecer las manifestaciones culturales de cada minoría lingüística.

Es preciso reconocer a los escritores indígenas e integrar en las diferentes universidades las lenguas indígenas como obligatorias en las carreras profesionales que lo requieren, como por ejemplo enfermería, medicina o derecho.

Y también tenemos necesidad de una nueva educación para todos los mexicanos, una educación que nos ayude a vernos de manera distinta. En su ya larga vida como nación independiente, nuestro país aprendió a dialogar más con Occidente que a escuchar y dialogar con voces de dentro, las que provienen de los pueblos que le dan raíz, identidad e historia propia. Se ha intentado educar a los indígenas desde la perspectiva de Occidente, pero es necesario entender que la sociedad nacional necesita una revolución cultural y educativa para entenderlos a ellos.

En cuanto a la problemática del derecho, no se requiere únicamente que la procuración e impartición de justicia sean más accesibles, sino también que se incorpore la especificidad indígena en este campo y se reconozca el pluralismo jurídico. Y es necesario redactar una legislación específica para indígenas migrantes y pueblos ori-

ginanos. En múltiples ocasiones, estos últimos han manifestado la necesidad de ser reconocidos como comunidades y por consecuencia como entidades de derecho público que reclaman, al mismo tiempo, la posibilidad de crear una asociación de comunidades para un reconocimiento formal y real de la autonomía indígena en el Distrito Federal. Esta autonomía permitiría el ejercicio de otros derechos en los ámbitos económicos, políticos y culturales.

"En la actualidad, los indígenas estamos de moda y todo el mundo quiere trabajar con nosotros. Sin embargo hasta ahora no se ha visto nada," expresa Magdalena García Duran, representante de la Alianza de Organizaciones Indígenas. Concluye Florentina Santiago Ruiz, de la Fraternidad Revolucionaria de Comerciantes del Distrito Federal: "Traemos propuestas sencillas y nada imposible: queremos que las autoridades nos den un trato igualitario, que seamos vistos como ciudadanos y no como extranjeros, queremos que se nos trate como adultos y no como unos menores a los que siempre hay que decirles que hacer. No queremos una actitud de padre, queremos apoyo de nuestras autoridades para llegar a beneficios tales como la vivienda, la educación para nuestros hijos, salud y derechos al trabajo."

¿Es una utopía? Si el objetivo es lograr la equidad en la diversidad, el cambio no se va a producir de manera automática: para lograrlo se requiere un gran esfuerzo de imaginación tanto por parte del gobierno como de la sociedad civil y de los propios indígenas.

"Tenemos que concebir el proceso de construcción de políticas sociales en el marco de reconocimiento de derechos [...] No basta con la reforma del Estado, es necesaria una reforma de la sociedad, tenemos que aprender a todos a convivir, y a relacionarnos en el marco de diversidad cultural," señala Pablo Yanes.

"Diálogo intercultural" es la expresión sugerida por Natalio Hernández al bosquejar las perspectivas de los pueblos indígenas en el umbral del tercer milenio. Este diálogo implica reconocer que no hay culturas ni lenguas que son superiores a otras y que los propios indígenas deben tomar el control de sus asuntos.

Agradezco a Josefina Bravo Rangel, subdirectora de Atención a Pueblos Indígenas y Migrantes del DIF-DF por el apoyo brindado a la elaboración de este estudio.

Las citas de los encabezados proceden de las siguientes revistas: *ha Palabra Florida. Espacio para la Diversidad Cultural* (1996-1998), seis núms.; *Nuni. Espacio para la Diversidad Cultural*, núm. 1, marzo de 1999; *Conjurios y Ebriedades*, Taller de Leñateros, San Cristóbal Las Casas, 1998.